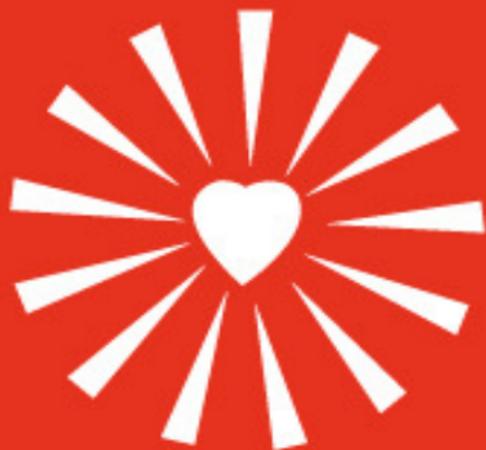


APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

30 días con el Corazón de Jesús



José Luis de Urrutia sj

30 días con el Corazón de Jesús.
José Luis de Urrutia sj.

Edición digital: Apostolado de la Oración

Celebraciones de la Palabra

Presento 30 acciones paralitúrgicas, con intención que sirvan para hacerlas el mes de junio*, o nueve de ellas para la novena al S. Corazón, o que cada una se emplee un primer viernes, o sea parte de una hora santa. Estas acciones paralitúrgicas pueden tenerse como acto público en la iglesia, o nacerse en privado. También es posible incorporarlas a la misa durante el mes de junio o la novena: tomando las lecturas bíblicas, la homilía y la oración de los fieles. En las misas que no admitan cambios de lecturas, podrá adaptarse la homilía sobre ellas en relación con el Sagrado Corazón.

Un esquema sencillo puede ser: **Canto inicial** (mejor exponiendo el Santísimo), **lectura evangélica, homilía, meditación personal** (unos minutos en silencio), **oración de los**

* El dedicar el mes de junio al S. Corazón se debió, como otras muchas costumbres e instituciones religiosas, a la iniciativa privada de los cristianos, en su dimensión profética, aprobada por la Jerarquía. Angeles de Sainte-Croix, alumna en París de "Les Oiseaux", internado dirigido por las hijas de S. Pedro Fourier, pedía a la Virgen ser admitida como "Hija de María" y tener gran devoción al Corazón de Jesús. Incidentalmente, en mayo de 1833, dijo a las religiosas que se le había ocurrido, después de comulgar, por qué no

fieles, bendición (con el Santísimo o del sacerdote en nombre de Cristo), **canto final**. (Puede alargarse con el rezo de las letanías, del rosario, viacrucis, etc.) Indico además cada día una lectura complementaria utilizable para la epístola.

Propongo una breve homilía para el ejercicio en privado (y guión aprovechable para la homilía pública).

El ejercicio lo puede dirigir también un seglar. Su bendición sería únicamente de palabra: v. gr. Hermanos, que las palabras oídas y la oración recitada nos sirvan para vivir bajo la obediencia del Padre, en unión del Hijo y con la gracia del Espíritu Santo. —Amén.

Si lo hace uno en privado, él mismo se hará el esquema: Si le agrada, empezará con el acto de contrición, añadirá otras oraciones, el padrenuestro...

habría también un mes dedicado al S. Corazón. La superiora le animó a exponer su idea al arzobispo en su próxima visita. Este la aceptó, y en 1851 Pío IX concedió indulgencias al "mes del S. Corazón". El conocido escritor L. Veuillot escribió la biografía de esta muchacha, después señora de Pronleroy. (Cfr. "Mes-sager du Coeur de Jésus" 1898, pág. 342.)

Oración de los fieles:

(Para todos los días. Texto oficial del S. Corazón. Puede sustituirse, en todo o en parte, por alguna otra aprobada, según parezca mejor.)

Al celebrar, hermanos, el amor infinito de Jesucristo, nuestro Dios y Señor, supliquemos humildemente al Padre de la misericordia.

Para que mande operarios a su mies y ministros a su Iglesia,

roguemos al Señor.

Por la santa Iglesia de Dios nacida del Corazón de Cristo: para que anuncie a todos los pueblos el amor de Dios a los hombres,

roguemos. al Señor.

Por nuestro Santo Padre el Papa N.: para que con firmeza de roca apostólica, gobierne paternalmente al pueblo santo de Dios,

roguemos al Señor.

Por todas las naciones y sus habitantes: para que vivan en la justicia y se edifiquen en la caridad,

roguemos al Señor.

Por los que viven atribulados por las dificultades de esta vida: para que acudan a la misericordia de Dios,

roguemos al Señor.

Por los miembros de nuestra comunidad: para que sepamos amarnos mutuamente y reine entre nosotros la humildad y la comprensión,

roguemos al Señor.

Oh Dios, que nos has manifestado tu amor en el Corazón de tu Hijo: muéstranos también tu inmensa bondad escuchando las oraciones de tu pueblo.

Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

Día 1.

El Corazón traspasado de Cristo:

Lectura evangélica: «Si alguno tiene sed, venga a mí; y beba el que crea en mí. Pues como dice la Escritura: 'Brotarán de su Corazón ríos de agua viva'. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que recibirían los que creyesen en él.» «Al llegar a Jesús, como vieron que ya había muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados con la lanza le atravesó el costado, y salió entonces sangre y agua. Y el que vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, para que vosotros creáis también. Eso ocurrió para que se cumpliera la Escritura: No le romperán un

hueso. Y otro pasaje que dice: Mirarán al que traspasaron» (Jn. 7,37-39; 19, 33-37).

Homilía: El agua viva que Cristo prometió brotaría de su Corazón, salió en su muerte, consumada al ser traspasado su Corazón por la lanza. La muerte de nuestro Salvador es nuestra salvación y nuestra vida. Con su muerte se constituye la Iglesia, se instituyen los sacramentos, se nos comunica el Espíritu Santo, río de gracia. Pero es el mismo Cristo quien ha simbolizado en su Corazón traspasado su muerte redentora y la fuente de gracias. Para darnos de nuevo a entender que el motivo de su muerte j de la gracia que nos hace hijos de Dios, es el amor («Tanto amó Dios al mundo que le dio su Hijo único» —Jn. 3,16—, «como propiciación por nuestros pecados» —1 Jn. 4,10—. «Ved el amor de Dios que nos ha concedido ser hijos suyos» —1 Jn. 3,1—.) Y quien Cristo que vayamos a El y bebamos de esa fuente: ¿No es esto proponernos ya la espiritualidad de si Corazón, Corazón bueno y humilde —Mt. 11,29— de cual hemos de aprender? Después revelaría a Soi Margarita María, hoy canonizada: «Este es el Corazón que tanto ha amado a los hombres.»

Por ello dicen los Papas hablando de la devoción al Corazón de Jesús: «Es un culto al amor con que Dios nos amó por medio de Jesús.» «Nadie llegan a sentir debidamente a Jesucristo crucificado, si n< penetra en los más íntimos

secretos de su Corazón (Pablo VI, «Diserti interpretes»).

(Lectura para la epístola: Ef. 3, 14-19.)

Día 2. **La creación:**

Lectura evangélica: «En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El, en el principio, estaba en Dios. Todo se hizo por El, y sin El no se hizo nada de lo que se ha hecho. En El había vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brillaba en la tiniebla, y la tiniebla no se ha apoderado de El. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía para testimonio, para atestiguar sobre la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz sino para atestiguar sobre la luz. Estaba la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene al mundo. En el mundo estaba, y el mundo se hizo por ella, y el mundo no la conoció. Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron» (Jn. 1,1-11).

Homilía: El primer misterio del amor de Dios es el habernos creado, solamente por nuestro bien y para que le demos gloria. La creación de este universo fantástico e inconmensurable; la creación de nuestros primeros padres y de todo el género humano; la creación de mi alma y de mi cuerpo, progresivamente formado. Mi exist-
8

encia, primer don y fundamento de todos los demás. ¿No hemos de dar gracias á Dios?, ¿y de darle gloria, reconociéndole con admiración en sus criaturas? Todo hombre que no lo haga es inexcusable, según S. Pablo (Rom. 1,20).

El hombre ha de colaborar con Dios en su obra creadora, pues «por Dios ha sido constituido señor de toda la creación visible para gobernarla y usarla glorificando a Dios». Por ello «hemos de consagrar el mundo a Dios con nuestra vida santa en todas partes» (Vat. II, GS. 13 y LG. 34).

La desobediencia al Creador es el pecado. Entonces es el mismo Creador quien viene a los suyos para redimirnos. ¿Pero le recibimos hoy en el mundo? «Padre nuestro: santificado sea tu nombre.» ¿Y qué mejor forma de santificarlo que las consagraciones públicas a su Corazón?

(Lectura para la epístola: Rom. 1,19-26.)

Día 3. **La encarnación:**

Lectura evangélica: «A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una muchacha virgen prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David: la virgen se llamaba María. El, entrando ante ella, dijo: Alégrate, la llena

de gracia, el Señor está contigo. Pero ella ante esas palabras, se turbó, preguntándose qué podría ser ese saludo. El ángel le dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Mira, concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande: se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará sobre la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. Pero dijo María al ángel: ¿Cómo será eso, puesto que no tengo que ver con ningún hombre? El ángel le contestó: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te dará su sombra; con lo cual el que ha de nacer será santo y se llamará Hijo de Dios» (Le. 1,26-35).

Homilía: ¡Tanto amó Dios al mundo! ¿Quién hubiera imaginado que llegase el Creador a hacerse criatura? ¿Quién se hubiera atrevido a pedirle semejante señal de su amor? Y lo hace a lo Dios.

Que no es aparatosamente, sino cuidando todos los detalles hasta el extremo: con la mayor delicadeza, sencillez y austeridad (en esta economía terrena de prueba y de pecado) para darnos ejemplo y constituir la Iglesia.

Desde el momento que Dios se hace hombre, los hombres estamos llamados a incorporarnos a Dios mediante la gracia. Cristo, el Dios hecho hombre, es la Cabeza del Cuerpo místico

cuyos miembros somos todos los sarmientos unidos a la vid. De El, la vid, nosotros recibimos la vida, la gracia, es decir, el ser hijos de Dios y herederos de su reino. Cristo es el nudo que nos une con Dios; en Cristo y por Cristo somos injertados en Dios.

Dios tiene ya un Corazón de hombre para amarnos más de cerca, comprendernos mejor, y para que podamos reclinar sobre El nuestras cabezas aturcidas o angustiadas. Corazón de Dios solitario, porque vino a los suyos y los suyos no le recibimos. Corazón de Jesús que busca alguien que quiera consolarle, ser su amigo, admitirle en su casa. Está a tu puerta y llama. ¿Le abrirás?

(Lectura para la epístola: Gal. 4,4-7.)

Día 4. **La redención:**

Lectura evangélica: «Y del mismo modo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en El tenga vida eterna. Pues de tal manera amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no mandó al Hijo al mundo para que condenara al mundo, sino para que el mundo se salvara por El» (Jn. 3,14-18).

Homilía: Tanto amó Dios al mundo, que no solamente le entregó su Hijo único, sino que se lo entregó para que fuera elevado, clavado a una cruz, para salvarnos a todos. Todos estábamos sin gracia (sin ser hijos de Dios, sin derecho a su herencia, a participar de su vida y felicidad inmensa) por el pecado de Adán. Y nuestros propios pecados nos hacen merecedores de castigo, muchas veces del castigo eterno. El Señor del universo, el infinitamente Santo, en su Justicia perfecta ha de castigar adecuadamente hasta el último pecado. Pero en su increíble Amor, quiere ese castigo, esa satisfacción por el pecado, pagarla El mismo. Y es Cristo Redentor, el Dios que ha tomado un cuerpo mortal, quien va a padecer y morir, como precio y rescate de los pecadores, incapaces de alcanzar el perdón por nosotros mismos.

Redención de Cristo consumada en su muerte, y simbolizada y recapitulada en la lanzada que traspasa su Corazón. Esta lanzada es el hecho jurídico, podemos decir, que da constancia de su muerte, pues era el procedimiento legal para testificarla (como entre nosotros es el tiro de gracia). Por ella el Corazón traspasado de Cristo es la puerta —abierta con su muerte— para penetrar en los sublimes secretos de la Divinidad. Puerta elevada; a cuyo pie, junto a la Cruz, está nuestra Madre, Corredentora; pidámosle que nos levante e introduzca por ella en la intimidad de su Hijo.

(Lectura para la epístola: Rom. 5,3-11.)

Día 5.
La misa:

Lectura evangélica: «Mientras comían, tomó Jesús pan, y, bendiciéndolo, lo partió y lo dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed: esto es mi cuerpo. Y tomando una copa y dando gracias, se la dio, diciendo: Bebed todos de esto, porque esto es mi sangre de la alianza, que se derrama por muchos en remedio de los pecados» (Mt. 26,26-28).

Homilía: La misa, sacrificio eucarístico, es exactamente la representación y renovación del sacrificio de la Cruz. No sólo su recuerdo y representación, ya que la misa es también verdadera renovación del sacrificio de la Cruz, no porque Cristo vuelva a morir o padecer, sino porque de nuevo ofrece al Padre su sacrificio de la Cruz, como se lo ofreció en el Calvario. El sacerdote hace el papel de Cristo, presente por la consagración del pan y el vino cuya separación aparente del cuerpo y sangre reproduce el sacrificio incruento.

La víctima, Cristo-Dios, es de valor infinito, por eso no ofrecemos otras víctimas (por ejemplo corderos, como en el Antiguo Testamento), pues además de superfluas, sería hacer de menos a la que es completa y sobreabundante.

El sacrificio de tal víctima ha alcanzado gracias de Dios suficientes para redimir uno y mil mundos. El problema ahora es que esas gracias se nos apliquen. Lo conseguimos sobre todo cuando, junto al sacrificio de Cristo y participando de él en la comunión, le ofrecemos el nuestro.

De su Corazón brotó sangre y agua, símbolo de aquellas gracias. Acerquémonos al Corazón de Jesús; pidámosle beber esa agua y recibir su Espíritu, según lo prometió (Jn. 7,37-39).

(Lectura para la epístola: 1 Cor. 10,16-18.)

Día 6. **La eucaristía:**

Lectura evangélica: «Yo soy el pan vivo, bajado del cielo: el que coma de este pan, vivirá eternamente. Y el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo. Discutían entonces los judíos entre sí, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? Entonces Jesús les dijo: Os doy mi palabra: si no Coméis la carne del Hijo del Hombre, y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Pues mi carne es de verdad alimento, y mi sangre, de verdad bebida» (Jn. 6,51-55).

Homilía: Dios no cesa de darnos muestras

de su amor, y muestras a lo Dios. Después de crearnos y redimirnos, no contento con haberse hecho hombre para ser nuestro hermano, se hace pan para ser nuestro alimento. Decir esto, si no fuese un dogma, lo tomaríamos por una blasfemia, algo tremendamente irrespetuoso y absurdo, como les pareció a los judíos. Por eso es uno de los mayores actos de fe que nos exige Cristo: creer que en cada Hostia consagrada ya no hay pan, sino que está El mismo, con su propio cuerpo, realmente presente.

La vida cristiana, con el esfuerzo cotidiano por cumplir los mandamientos y resistir las tentaciones, es difícil, enormemente difícil. Imposible para nuestras solas fuerzas. Y esto es la solución, genial e insospechada, del Corazón de Cristo: ser El mismo verdadero alimento que da la vida eterna. Al mismo tiempo que así permanece entre nosotros, plantando su tienda de campaña (o tabernáculo) en multitud de iglesias, y aun entrando en nuestro mismo pecho. Si sólo el creer en la eucaristía es ya gran mérito, ¿qué no será el recibirla? ¿No hemos de agradecerle y desear que su Corazón esté junto al nuestro?

(Lectura para la epístola: 1 Cor, 11,23-29.)

Día 7.
La amistad de Cristo:

Lectura evangélica: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo: quedaos en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, os quedaréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y me quedo en su amor. Estas cosas las he dicho para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría llegue a plenitud. Este es mi mandamiento: que os queráis unos a otros como yo os he querido. No hay amor mayor que éste: que uno dé su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo criados, porque el criado no sabe qué hacer su señor: a vosotros os he llamado amigos, porque os he dado a conocer todo lo que he escuchado a mi Padre. No me habéis elegido vosotros, sino que yo os he elegido, y os he puesto para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, de modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé» (Jn. 15,9-16).

Homilía: Quizás buscas un amigo. Tal vez conoces mucha gente, tienes numerosos parientes, y no encuentras un amigo, urf amigo de verdad, el amigo soñado, con quien compartir tus penas y tus alegrías, en quien poder siempre descansar, de quien confíes para todo y a quien tengas continuamente a tu lado, ofreciéndote su apoyo seguro. Y he aquí que tu sueño se hace realidad, y tu ideal toma un nombre, y se llama Jesús, que quiere decir Salvador. Te invita a su aventura de conquistar el mundo,

llama a tu puerta, te espera en el sagrario, está en lo más profundo de ti. Ha venido de lejos, del seno del Padre, para ser amigo tuyo, «dulce huésped de tu alma». El ha elegido tu amistad, te confiesa su amor, semejante al del Padre, y te hace confidente de cuanto ha escuchado a su Padre. Llega al mayor amor de dar su vida por ti, abriéndote su Corazón de par en par.

¡Deja que Cristo irrumpa en tu vida! Que El lo sea todo para ti. Que te importe más lo que le parezca a El, que todas las alabanzas o críticas de los hombres. Que estés dispuesto a cualquier cosa por conseguir una sonrisa de aprobación suya. Que aprendas a acudir a El, a hablarle, a pedirle consejo... Pídele que haga tu corazón semejante al suyo, para sentir como El, pensar como El, amar como El. Pídele comenzar en serio la amistad más bella, más profunda, más duradera, que continuará sin fin, por toda una eternidad feliz, en la intimidad de Dios.

(Lectura para la epístola: Eclesiástico 6,14-17 o Col. 2, 6-13.)

Día 8.

La Iglesia:

Lectura evangélica: «Os doy mi palabra de que todo lo que atéis en la tierra, se atará en el cielo, y lo que desatéis en la tierra, se desatará en el cielo. Una vez más, os doy mi palabra

de que si dos de vosotros unen sus voces en la tierra, cualquier cosa que pidan, se lo dará mi Padre que está en los cielos. Pues donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos» (Mt. 18,18-20).

Homilía: Atar y desatar, en la Biblia son palabras jurídicas, que se refieren a imponer o derogar leyes. Y esa facultad da Dios a los suyos, a su Iglesia, edificada sobre Pedro y sus sucesores, a quienes entrega las llaves del reino de los cielos (cfr. Mt. 16, 18-19). La Iglesia es la estructura y el cauce que instituye Cristo para comunicarnos los favores de su amistad. Por la Iglesia —no mera reunión anárquica de espectadores, sino verdadera unión social, con leyes y autoridad—, nos enseña y dirige Cristo con la asistencia del Espíritu Santo, y nos colma de gracias mediante los sacramentos. Por la Iglesia oye nuestras peticiones, y aún está El mismo presente en nosotros con una nueva presencia, además de la presencia eucarística y de la presencia divina.

La Iglesia, cuerpo místico de Cristo y pueblo de Dios con estructura social y jurídica. Espléndida creación del Corazón de Jesús, que nos hace el incomparable beneficio de unirnos permanentemente a sí. Tanto, que aun perdiendo la gracia —unión íntima con El—, todavía nuestra santa Madre la Iglesia, comunidad de todos los cristianos presidida y vivificada por Cristo, nos

conserva en su seno y se esfuerza por volvernos a la amistad con Jesús.

En agradecimiento, reconozcamos y confesemos al Papa, Vicario de Cristo (= que hace las veces de Cristo), siguiendo sus enseñanzas y obedeciendo sus disposiciones. Y como miembros de la Iglesia, sintamos con ella, trabajemos en ella, contribuyamos para ella.

Todo se lo merece; y más de lo que le ofrezcas tú, te devolverá ella en esta vida y en la otra.

(Lectura para la epístola: Rom. 12,4-13.)

Día 9. La Virgen María:

Lectura evangélica: «A los seis meses, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una muchacha virgen prometida a un hombre llamado José, de la estirpe de David: la virgen se llamaba María. El, entrando ante ella, dijo: Alégrate, la llena de gracia, el Señor está contigo. Pero ella, ante esas palabras, se turbó, preguntándose qué podría ser ese saludo. El ángel le dijo: No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Mira, concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande: se llamará Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre»

(Luc. 1,26-32).

Homilía: Si María es Madre de Cristo, y nosotros formamos con El un solo cuerpo, consecuentemente ella es también Madre nuestra. Así lo publicó Cristo en la Cruz, dirigiéndose a Juan, «el discípulo que tanto quería», representante allí de todos nosotros, a quienes tanto quiere también. María es nuestra Madre porque nos da a Cristo, vida nuestra (cfr. Jn. 11,25; 14,6; 6,54-57; 3,36).

Por María nos viene la fuente de todas las gracias, Cristo; luego es natural que también nos han de venir por ella todas las gracias en particular. En prueba de esto, por ella hizo Cristo su primer milagro en las bodas de Cana, convirtiendo el agua en vino. Ella, Reina del cielo y Madre de la Iglesia, muestra su poder de Reina y su amor de Madre siendo Mediadora universal de todas las gracias. De la Cabeza a los miembros nos vienen a través de María. Por eso algún Santo Padre la llama «cuello» del cuerpo místico.

Cuando el Corazón de Cristo en la Cruz no tiene ya más que darnos, nos da a su misma Madre. Para que nos alcance la vida y nos lleve a su Hijo. Con todo el amor y la gratitud de S. Juan, recibámosla por siempre en nuestra casa para ser hijos suyos de verdad. Que nos glorieemos de ser sus hijos, y ella no tenga que avergonzarse nunca de ser nuestra Madre.

(Lectura para la epístola: Apoc. 12,1-5.)

Día 10. **Confianza en el Corazón de Jesús:**

Lectura evangélica: «por eso os digo: no os preocupéis por vuestra vida, de qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, de cómo vestiréis. ¿No es más la vida que el alimento, y el cuerpo que la ropa? Fijaos en los pájaros del cielo, que no siembran ni cosechan, ni almacenan en los graneros, y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No importáis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de preocuparse, puede añadir una braza al tiempo de su vida? Y de vestir, ¿qué os preocupáis? Mirad los lirios del campo cómo crecen: no hilan ni tejen. Pero os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy está ahí y mañana se echa al fuego. Dios la reviste así, ¿no hará mucho más con vosotros, desconfiados? Así que no os preocupéis, diciendo: '¿Qué comeremos?', o '¿Qué beberemos?', o '¿Con qué nos vestiremos?' Pues todas estas cosas preocupan a los paganos: pero ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso» (Mt. 6,25-32).

Homilía: Lo más grandioso de Dios para nosotros es el inmenso amor que nos tiene. Lo hemos considerado los días precedentes. Caer

en la cuenta de cómo nos quiere el Corazón de Cristo, nuestro Dios hecho hombre, debe ser nuestro primer acto religioso; es el comienzo de la santidad (todos los santos han empezado por aquí; y quien llegue a persuadirse de verdad de esto, está ya en camino de serlo). No es otro el fundamento de la espiritualidad del Corazón de Jesús que el amor de Dios: «su razón principal», pues «es un culto al amor con que Dios nos amó» (Haur. aquas).

La respuesta primera a ese amor sin límites de nuestro Padre ha de ser, obviamente, echarnos en sus brazos con entera confianza. Por eso la jaculatoria más conocida de esta espiritualidad es: «Corazón de Jesús, en ti confío.» Y los Papas (León XIII, Pío XI, Pío XII) han repetido: «En el Corazón de Jesús hay que poner todas las esperanzas.» El mismo lo anhela: «Tened confianza en mí» (Jn. 16,33). Es todo un plan de vida cristiana; un horizonte lleno de luz para nuestras dificultades y días grises, en nuestras tentaciones y debilidades; es el sentirse junto al Padre Todopoderoso. Cuando desfallezcamos, al ver que nos hundimos, repitamos con el afecto de hijos: Padre nuestro: no nos dejes caer.

(Lectura para la epístola: 1 Ped. 5, 6-11.)

Día 11.

Nuestra consagración:

Lectura evangélica: «No ruego que les retires del mundo, sino que los guardes del mal. No son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. Santifícales en la verdad: Tu palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así les envío yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en verdad» (Jn. 17,15-19).

Homilía: La espiritualidad del S. Corazón no es otra cosa que poner de relieve los elementos más importantes del cristianismo. Y los Papas dicen: «En ella sobresale la consagración, en la cual nosotros y cuanto hemos recibido de Dios se lo ofrecemos al Corazón de Jesús» (Miser. Redemp.). «Ella exige de nosotros una plena y absoluta decisión de entregarnos y consagrarnos al amor de Cristo» (Haur. aquas). Es simplemente la respuesta obligada al amor de Dios, cumplir el primer mandamiento de amarle con todo nuestro corazón y todas nuestras fuerzas.

Como Cristo se entregó por nosotros, nosotros nos hemos de entregar a El hasta la muerte. Y seguir su ejemplo de hacer en todo la voluntad del Padre, repitiendo sus palabras: «Hágase tu voluntad», y las de nuestra Madre Santísima: «Hágase en mí según tu palabra.» ¿Qué hago por Cristo? ¿Qué tengo que hacer por Cristo?

La consagración completa ha de ser triple: 1)

consagración personal (voluntad decidida de vivir el compromiso del bautismo en una entrega que siempre podemos hacer más heroica); 2) consagración familiar (si vivimos en familia, también en familia nos hemos de santificar); 3) consagración del mundo «Los católicos confieren al mundo una nueva consagración: cristianizándolo y siendo en todo momento testigos de Cristo». «Es la animación de las realidades terrestres mediante los principios cristianos» (Pablo VI).

(Lectura para la epístola: Hech, 22,6-10.)

Día 12.

Nuestra corredención o reparación:

Lectura evangélica: «Luego Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir detrás de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá: pero el que pierda su vida por mi causa, la encontrará. ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma? Porque el Hijo del Hombre tiene que venir en la gloria de su Padre entre sus ángeles, y entonces dará a cada uno según su conducta» (Mt. 16, 24-27).

Homilía: Cristo no quiere redimir el mundo El solo. Quiere asociarnos a esa empresa suprema

suya de llevar todos los hombres a la felicidad total e inacabable. Su Corazón busca quien se ofrezca a padecer con El. Lo necesita, como enseña S. Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo por la Iglesia» (Col. 1,24).

Esa corredención nuestra, ese unir nuestro sacrificio al de Cristo por la redención del mundo, si se enfoca como el restablecer nuestra amistad con Cristo, es lo que llamamos «reparación»; reparamos la amistad rota por el pecado (como se habla de reparar una ofensa).

Así, en la espiritualidad del Corazón de Jesús, ofrecemos nuestro sacrificio, corredimimos con Cristo, recalcando que se hace también por el motivo más elevado, por amor, para restablecer nuestra amistad y la de todos los hombres con Cristo, traspasado por nuestros pecados.

Con este espíritu hemos de ser cirineos suyos, cargar la cruz y seguirle. Así, compartida con Cristo, y en busca de su amistad, será ligera su carga y suave su yugo. «La reparación, dice la Miserentissimus Re-demptor, es la parte más importante de la espiritualidad del S. Corazón.»

(Lectura para la epístola: 1 Ped. 2,1-5.)

Día 13.
Aceptar la voluntad de Dios:

Lectura evangélica: «Empezando a sentir terror y angustia, les dijo: Triste está mi alma hasta morir: quedaos aquí y velad. Y, yendo un poco más allá, cayó por tierra, rezando para que, si era posible, pasase de él esa hora. Decía: Abba, Padre, todo te es posible: aparta este cáliz de mí. Pero no sea lo que quiero yo, sino lo que quieres tú. Y fue, y, al encontrarles dormidos, dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una sola hora? Velad y rezad para que no entréis en la tentación. El espíritu es animoso, pero la carne es débil. Y otra vez se retiró a rezar diciendo las mismas palabras» (Me. 14, 34-39).

Homilía: El sufrimiento más valioso entre todos es el de Cristo en la pasión. Y la pasión no fue un sufrimiento buscado, ni mucho menos, pero sí un sufrimiento aceptado. El problema no es sufrir más, sino aceptar lo costoso de la vida. Incluso la santidad no es tanto buscar nuevas cruces, cuanto que cada cual tome la suya. Porque tenerla todo el mundo la tendrá. Lo mismo que a Cristo, a todo cristiano se la da Dios.

«Hágase tu voluntad.» No sólo es una entrega, es sobre todo la aceptación de nuestra cruz, grande o pequeña, que repetimos en el padrenuestro, tal vez sin caer en la cuenta de lo que decimos.

Aceptar no es resignarse, porque no hay otro remedio; ni sentir gusto natural en sufrir —eso

sería un absurdo—, ni dejar de pedir que pase el padecimiento. Aceptar es costoso, y a Cristo le costó sudar sangre el decir «Hágase tu voluntad», después de haber pedido, sin resultado, que pasase el cáliz.

Nuestro primer acto de fe ha de ser ver en el sufrimiento la voluntad de Dios, como la vio el Señor. Y creer que a pesar de eso es bueno, que nos quiere. Eso es aceptar. «Padre» es el comienzo del padrenuestro, para rechazar la primera, más perjudicial y corriente tentación: no creer que Dios es padre bueno, desconfiar y rebelarnos contra su providencia.

Señor, en medio de mi cruz creo que tu Corazón me la envía, o permite que me venga, para mi bien, y porque me quieres.

(Lectura para la epístola: Sant. 5, 7-11.)

Día 14.

La unión con Cristo:

Lectura evangélica: «Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el viñador. Todo sarmiento que no dé fruto en mí, lo quitará, y todo el que dé fruto, lo limpiará para que dé más fruto. Vosotros ya estáis limpios por la palabra que os he dicho: quedaos en mí, y yo en vosotros. Y así como el sarmiento no puede dar fruto si no sigue en la vid, tampoco lo daréis vosotros si

no os quedáis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que se queda en mí, igual que yo en él, da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. El que no se queda en mí, es tirado fuera como el sarmiento, y se seca; luego los reúnen y los echan al fuego, y arden» (Jn. 15,1-6).

Homilía: Cristo es el eslabón que nos une con la Divinidad, por El y a través de El, recibimos la gracia, la vida divina, y por El, unidos a El, heredaremos, resucitados, la incorporación y participación gloriosa de Dios en una feliz e inacabable bienaventuranza.

Nuestra unión con Cristo es el sí o el no de nuestro destino eterno. Nuestra luz —luz del mundo (Mt. 5, 14)— estará encendida o apagada, según que estemos o no en contacto con la luz de los hombres (Jn. 8,12).

Y «la unión con Cristo se logra perfectamente por medio de la devoción al Corazón de Jesús», enseña sin duda alguna Pío XII (AAS. 40 [1948] 500).

Llegamos a unirnos plenamente con una persona cuando la conocemos íntimamente y la amamos. Pues bien, esta espiritualidad «es la que mejor conduce a conocer íntimamente a Cristo» «en cuyo Corazón están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia» (Pío XI, Mis. Red.).

Por el camino del amor, si amamos a Cristo y nos sentimos amados por El, penetraremos en sus pensamientos y sentimientos, los haremos nuestros y nos compenetraremos con El!

Mediante la fe y la confianza, en la comunión, en la práctica de la consagración y en el trato personal, hemos de realizar nuestra unión a Cristo por el camino de su Corazón.

(Lectura para la epístola: Rom. 8,35-39; Tes. 5,10.)

Día 15.

La oración:

Lectura evangélica: «Y cuando recéis, no seáis como los hipócritas, que gustan de rezar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las plazas, para mostrarse a los hombres: os doy mi palabra de que ya tienen su recompensa. Tú, en cambio, cuando reces, entra en tu cuarto, y, cerrando la puerta, reza a tu Padre que está en lo escondido. Y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo concederá. Cuando recéis, no charléis mucho, como los paganos, que se imaginan que serán atendidos a fuerza de mucho hablar. No os parezcáis a ellos, pues vuestro Padre ya sabe qué os hace falta antes de que se lo pidáis» (Mt. 6,5-8).

Homilía: La unión con Cristo más continua,

más fácil, más necesaria, la hemos de realizar por nuestro trato personal con El, es decir, por la oración. Esta no es otra cosa sino levantar el corazón a Dios.

No sólo para pedirle mercedes; sino para contarle lo que nos pasa y lo que nos cuesta, lo bueno y lo malo, y también para agradecerle lo que tenemos y pedirle lo que necesitamos.

«Vigilad y orad para no caer en la tentación» (Mt. 26,41). Si estamos con Cristo, no estará desocupada nuestra casa y no podrá volver a ella el espíritu inmundo (cfr. Le. 11,24 s.).

Hemos de entrar en su Corazón, es decir, indagar sus pensamientos, conocer su modo de ser y de reaccionar. Para ello habremos de leer y meditar su palabra en la Biblia, sus ejemplos; las explicaciones y aclaraciones de la Iglesia por las enseñanzas de los Papas, las vidas de los santos, las publicaciones ortodoxas...

Y confrontar nuestra vida con la de Cristo, en un diálogo intermitente, volviendo incansables una y otra vez a El, al amigo fiel de siempre y para siempre; para hacerlo todo en su presencia y todo dedicarlo a su mayor gloria.

(Lectura para la epístola: Col. 3,16-17 y 23-24.)

Día 16.

El agradecimiento al Señor:

Lectura evangélica: «Y en esto, un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y muy rico, trataba de ver quién era Jesús, pero no podía, por la gente, porque era pequeño de estatura. Corrió a adelantarse, y se subió a un sicómoro para verle, porque iba a pasar por allí. Y Jesús, cuando llegó al sitio, levantando la mirada hacia él, le dijo: Zaqueo, baja de prisa, porque hoy debo quedarme en tu casa. El bajó corriendo y le recibió con alegría. Al verlo, todos murmuraban: Entra a hospedarse con un hombre pecador. Pero Zaqueo se puso ante el Señor y dijo: Mira, la mitad de mis bienes. Señor, la doy a los pobres, y si he defraudado a alguien, le devuelvo cuatro veces más» (Le. 19,2-8).

Homilía: Merece particular consideración este capítulo fundamental de la oración. ¿Nos damos cuenta de cuántas cosas buenas hemos recibido y constantemente recibimos de Dios? ¿Qué sentimos nosotros si con todo cariño nos volcamos beneficiando a una persona, y luego ni nos da las gracias? ¿Pues qué sentirá el Corazón de Cristo, que nos ha creado, hasta ha sido traspasado por nosotros, y ni se lo agradecemos? Pensemos un momento cómo deberíamos estar reconocidos y archiagradecidos a tanto bien recibido, y con tan imponderable amor. Como deberíamos decir, siguiendo el ejemplo de Zaqueo, agradecidos y penetrados de afecto: Toma y re-

cibe. Señor, todo cuanto soy y tengo. Tú me lo has dado, y en agradecimiento yo lo pongo en tus manos para usarlo sólo como Tú quieras.

Recordarlo, y decirlo, y sentirlo: al abrir nuestros ojos a los millones de distintos rayos que captamos, al realizar los miles de movimientos de nuestro cuerpo, al notar el calor del sol y la caricia de la brisa, al vernos reyes de los incontables productos de la naturaleza y de la industria, al adquirir nuevos conocimientos y experiencias/al estar con las personas queridas... ¡al pensar que somos hijos de Dios y esperar la posesión plena de su indecible felicidad! Aun cuando nos falte algo ¿caemos en la cuenta de todo lo demás que tenemos?

(Lectura para la epístola: 1 Tes. 5,12-13 y 16-18.)

Día 17.

La oración de súplica:

Lectura evangélica: «Les dijo luego una comparación sobre que debían rezar siempre sin cansarse: Había en una ciudad un juez que no temía a Dios ni le importaba de nadie. Y había en esa ciudad una viuda que iba a verle diciendo: 'Hazme justicia contra mi adversario'. El no quiso durante algún tiempo. Pero después de eso se dijo: 'Aunque no temo a Dios ni me importa de nadie, sin embargo, como esta viuda

32

me molesta, le haré justicia, para que no venga hasta el fin a abrumarme'. Y dijo el Señor: Escuchad lo que dice el juez injusto. Y Dios, ¿no hará justicia a favor de sus elegidos que le gritan día y noche?» (Le. 18,1-7).

Homilía: Es impresionante la insistencia del Señor en el Evangelio para que pidamos a Dios cuanto necesitemos. Que pidamos todo, hasta los vestidos, la comida y el pan, no solamente el perdón de los pecados y las gracias espirituales para no caer en la tentación. Y que lo pidamos cada día, hoy como mañana y pasado, siendo perseverantes y aun importunos. Y que Dios nos lo concederá. Si no, si diese igual pedir o no pedir, porque Dios hubiera dispuesto que nuestra situación económica (lo que podemos comer y vestir) dependiera de nosotros mismos, sólo de nuestro trabajo, o si Dios tuviera ya decidido lo que nos habría de dar independientemente que se lo pidiésemos o no, entonces sería una tontería decir que debemos pedirle a Dios, y que nos lo concederá.

Este pedir a Dios, todo y de continuo, es la consecuencia inmediata de llamarle Padre, y de que en realidad lo es. A un padre le gusta que sus hijos le pidan cosas buenas (Mt. 7,11) y le gusta regalárselas, como señal de que les quiere. Y no les da lo mismo según que se lo pidan o no, pues también el pedir cosas a Dios es hacer un acto de fe (creyendo en su existencia

y poder), un acto de esperanza (creyendo en su providencia paternal) y un acto de caridad, porque hacemos lo que le agrada y nos disponemos a sentirnos más agradecidos cuando nos lo dé.

Cristo cuando habla con su Padre en el Evangelio, le está constantemente pidiendo algo. Nosotros en su Corazón, llegamos a Dios; en El y con nuestra Madre tenemos la vía más ancha y rápida para obtener lo que pidamos.

(Lectura para la epístola: I Tim. 2,1-3 y 8.)

Día 18.

Las peticiones desoídas:

Lectura evangélica: «Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré. Si os quedáis en mí y mi palabra se queda en vosotros, pediréis lo que queráis y lo tendréis. Si guardáis mis mandamientos, os quedaréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y me quedo en su amor. Este es mi mandamiento: que os queráis unos a otros como yo os he querido» (Jn. 14, 14; 15, 7; 10 y 12).

Homilía: Para interpretar el Evangelio hay que leerlo en su totalidad, todo lo que dice. Y no dice únicamente que Dios nos concederá cuanto le pidamos. También pone condiciones. Estas condiciones, como vamos a ver, no son

ni podían ser otras que pedir en el marco de las virtudes constitutivas del cristiano: las tres teológicas: caridad, fe, esperanza, y la virtud indispensable de la continuidad: la perseverancia.

1º condición: Tener caridad: con Dios y con los hombres. Está claro en la lectura evangélica de hoy. Si no amamos, nuestra oración no merece ser escuchada.

2º condición: Tener fe —básico para permanecer en Cristo— («todo lo que pidáis con fe lo conseguiréis» Mt. 21,22, cfr. la hemorroisa, el centurión, los milagros de S. Pedro, Hech. 3,16). Pero tener fe auténtica es vivir según exige nuestra fe (cfr. Rom. 1,17; Sant. 2,17).

3º condición: Tener esperanza. Es desear los bienes superiores: «Buscad el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura» (Mt. 6,33). Cuando pedimos bienes terrenos, si supiéramos que no nos convienen para nuestra santificación, no deberíamos pedirlos... y naturalmente. Dios no los concede. Pero la oración no se pierde: si le pedimos la medicina que no nos conviene, nos dará por nuestra oración otra que nos convenga. Cristo no fue escuchado en el Huerto para no beber el cáliz, pero un ángel le confortó, y la pasión sólo duró unas horas.

4º condición: Tener perseverancia. Cristo insiste tanto en esta condición que llega a compararse con el amigo que da el pan y con el juez

injusto que hace justicia por la importunidad de quien le pide (Le. 11, 8; y 18,5). No hay que cansarse de pedir (cfr. la ca-nanea, el ciego Bartimeo Le. 18,1, 1 Tes. 5,17, etc.).

(Lectura para la epístola: 1 Jn. 5,14-16.)

Día 19. **La imitación de Cristo:**

Lectura evangélica: «Entonces, cuando les lavó los pies, tomó su túnica, se volvió a sentar, y les dijo: ¿Comprendéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien: porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que vosotros hagáis también como yo he hecho con vosotros» (Jn. 13, 12-15).

Homilía: Cristo vino al mundo a redimirnos, a la gran empresa de salvar todos los hombres y llevarlos a la felicidad eterna. Sin embargo, no es obra sólo suya, como quería Lutero, sino que todos hemos de unirnos y colaborar con él.

Colaboración que es seguirle a El imitándole. Pues además de redimirnos, vino a traernos la Buena Nueva, el Evangelio, pero no contento con darnos la doctrina, la verificó plasmándola en sus actuaciones, dándonos el más sublime ejemplo de vida. Sobre todo —es su mandato—,

queriendo a los demás como El nos ha querido (Jn. 15,12). Y pues nos quiso hasta tomar la cruz, ese ha de ser también nuestro camino: tomar la cruz y seguirle (Mt. 10,38 y 16,24).

Cómo hacerlo —imitando a Cristo—, hemos de descubrirlo en su manera de ser que aparece en el Evangelio; hemos de meditar en nuestros asuntos: ¿qué haría aquí Cristo? ¿cómo desea su Corazón que yo me parezca a El?

(Lectura para la epístola: 1 Ved. 2,21-25.)

Día 20.

El amor a los hermanos:

Lectura evangélica: «Y un doctor en la Ley que había entre ellos, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿qué mandato es el mayor en la Ley? El le dijo: Amarás a Dios tu Señor con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu inteligencia. Este es el mandamiento primero y mayor. El segundo es parecido a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandatos se contiene toda la Ley y los profetas» (Mt. 22,35-40).

Homilía: Sabemos que la caridad con el prójimo es el segundo mandamiento, semejante al primero, de tal manera que nadie puede decir que ama a Dios si no ama a sus hermanos (1 Jn. 4,20), pues son hijos de Dios. Por eso lo que

se hace por ellos lo agradece Dios como si se le hiciera a El (Mt. 25, 40); por eso el mandato nuevo de Cristo, y el distintivo de sus discípulos, es que nos amemos unos a otros (Jn. 13,34-35), y por eso es tan exigente el amor a nuestros hermanos que hemos de estar dispuestos incluso a dar la vida por ellos, cuánto más a com-partir nuestras cosas con los necesitados (1 Jn. 3, 16-17).

Pero también es verdad, y no debemos olvidar, que sin amor a Dios no hay verdadero amor al prójimo (1 Jn. 5,2). Pues para amar a los desagradecidos, a los repelentes, incluso a enemigos, se necesita mucho amor de Dios.

El amor a los hermanos no ha de ser de palabra y frases hechas, sino de obras y auténtico (1 Jn. 3,18). Examinemos nuestra caridad tomando como modelo al Corazón de Cristo: ¿Procuró el bien de todos, inferiores, superiores, jóvenes y viejos, personas desagradables, pobres y ricos, dentro y fuera de casa...? Cuando estoy de buen o de mal humor, ¿estimo la personalidad de los otros como a Cristo? ¿Respeto sus derechos, atiendo a sus razones, concedo sus peticiones razonables, pido consejo? ¿Me intereso por los demás, sé escuchar, ponerme en su lugar, soportar sus defectos? ¿Me esfuerzo por servir a la sociedad con mi trabajo, con mi tiempo, con mi dinero? ¿Reconozco mis errores? ¿Supero mi egoísmo? ¿Intento que los demás me quieran?

Es muy importante suprimir los detalles que molesten a los demás y estudiar las atenciones que les agradarán. Y todo esto también, y sobre todo, dentro de la familia.

(Lectura para la epístola: 1 Ped. 4,8-11.)

Día 21. **Bienaventurados los bondadosos.**

Lectura evangélica: «Jesús, se marchó de allí. Y le siguieron muchos, y El les curaba a todos, mandándoles que no le diesen a conocer, de modo que se cumpliera lo escrito por el profeta Isaías cuando dijo: Mirad a mi servidor que he elegido, mi amado, en quien se complace mi alma. Pondré mi Espíritu sobre él, y anunciará el juicio a las naciones. No disputará, no gritará, ni oirá nadie su voz en las plazas. La caña resquebrajada no la partirá, y la mecha humeante no la apagará, hasta que lleve el juicio a la victoria» (Mt. 12,15-20).

Homilía: Ser «bueno» es la expresión de la mansedumbre evangélica. Es ser como Cristo, el «de Corazón manso». Cristo fue bueno, tanto, que S. Pedro describiendo su vida de un plumazo, exclama: «pasó haciendo el bien» (Hech. 10,38). Ese es bueno, el que hace el bien, siempre y a todos; que a nadie hace mal, ni piensa mal, ni se incomoda.

En último término, la persona que es buena, es la que nos roba el corazón. Tal es el significado del «Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra». La bondad acaba imponiéndose. Testimonio de humildad, amabilidad, servicio... que exige de nosotros el ideal evangélico de imitar la bondad de Cristo.

En las otras bienaventuranzas, el premio es para la otra vida. A la bondad se le promete la felicidad ya en la tierra. Es la semilla que arraiga en el corazón de los hombres, y por ello se cosecha en esta vida. Es el cauce mejor para comunicar a los demás la buena nueva evangélica. Al que es bueno se le escucha y se le cree.

El Corazón de Jesús, bueno, manso, «como cordero» dice la Escritura que se dejó matar, es la condenación más elocuente de la violencia y de la lucha de clases. No imitaron así a Cristo los mártires que hoy veneramos en los altares.

(Lectura para la epístola: 1 Cor. 13, 4-8.)

Día 22.

Bienaventurados los misericordiosos.

Lectura evangélica: «Y si hacéis bien a los que os hacen bien, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores hacen lo mismo. Y si prestáis a aquellos de quienes tenéis esperanza de recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores

prestan a pecadores para recibir otro tanto. Vosotros, en cambio, quered a vuestros enemigos, y haced el bien y prestad sin tener esperanza de nada, y tendréis un gran premio, y seréis hijos del Altísimo, porque El es benévolo con los ingratos y con los malos. Hacedos compasivos, lo mismo que es compasivo vuestro Padre; no juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, colmada, rebosante, os pondrán en vuestro regazo. Pues con la medida con que midáis, os medirán a vosotros» (Le. 6, 33-38).

Homilía: Un aspecto de la caridad, el más fácil de captar y de impresionarnos, es tener compasión de los que sufren. Repetidas veces dice el Evangelio (en traducción exacta) que a Jesucristo «se le conmovió el Corazón» ante la necesidad ajena (Me. 1,41; 6,34; Mt. 15,32). Esto es cristiano, es una bienaventuranza, y Cristo le da un premio equivalente: si somos compasivos con el prójimo, Dios lo será con nosotros, y en la misma medida en que nosotros lo seamos.

La compasión evangélica, por tanto, es más que un puro sentimiento, es dar. Sea dar nuestra enseñanza al que no sabe, nuestro tiempo a los presos, nuestra atención a un enfermo, nuestro dinero a quien pase necesidad... todas las obras de misericordia.

Como más corriente y factible, revisemos nuestra limosna, tan recomendada en el Evangelio (Mt. 6,2 s.; Le. 11,41; etc.). Sería mejor que no fuera precisa. Que atendiera el Estado todas las necesidades. Pero eso es imposible. Habrá pobres siempre —lo dijo Cristo—, y mientras familias, asilos, seminarios, misiones, obras apostólicas... no tengan medios suficientes, hemos de dar, como quisiéramos que nos diesen a nosotros.

(Lectura para la epístola: Tobías 4,7-11 y 12,8-9; ó 1 Jn. 3,16-19.)

Día 23.

Bienaventurados los que desean la justicia.

Lectura evangélica: «Y ocurrió que se murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Y el rico murió también, y le enteraron. Y en el infierno, levantando los ojos en medio de los tormentos, vio desde lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Y le llamó: 'Padre Abraham, compadécete de mí y manda a Lázaro que meta la punta del dedo en agua y me moje la lengua, porque sufro mucho en esta hoguera'. Pero Abraham dijo: 'Hijo, acuérdate de que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro en cambio los males: ahora que él se consuela aquí, tú has de sufrir'» (Le. 16,22-25).

Homilía: Con qué especial emoción contaría el Corazón de Jesús esta parábola. Hemos de tener hambre y sed de justicia (Mt. 5,6), de la justicia bíblica, del hombre «justo», justicia que incluye la santidad. Pero vamos a fijarnos, como primer postu-lado de la caridad, en la justicia social. Es decir, si amamos a nuestros hermanos no podemos consentir que mendiguen a los pies de nuestras ciudades opulentas, ni conformarnos socorriéndolos con las migajas de nuestras diversiones y gastos superfluos.

Es un imperativo de la caridad, si es amor auténtico que busca de verdad favorecer lo más posible al prójimo, esforzarse por conseguir la igualdad social de los hombres. Y los Papas no dejan de insistir en ello una y otra vez.

¿Reconozco las justas reivindicaciones sociales, políticas y económicas de los marginados, de los mi-nusválidos, de los oprimidos, del Tercer Mundo...? ¿Apoyo y colaboro a ellas en la medida de mis posibilidades? ¿Especialmente cuando dependen algo de mí?

(Lectura para la epístola: Sant. 5, 1-4.)

Día 24. **Bienaventurados los que predicán el Evangelio.**

Lectura evangélica: «Vosotros sois la sal

de la tierra. Pero si la sal se vuelve sosa, ¿con qué se "salará"? Para nada sirve, sino para tirarla fuera y que la pise la gente. Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad puesta en lo alto de un monte: tampoco se enciende una luz para ponerla debajo de un cacharro, sino en el candelero, y que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt. 5,13-16).

Homilía: Todos los cristianos estamos llamados al apostolado por el mismo hecho de serlo. Pues si por predilección divina hemos recibido la revelación de Dios y la gracia de ser hijos suyos, es obvio que el primer deber de amor hacia nuestros hermanos será comunicarles lo mejor que tenemos: a Cristo. El Vaticano II (AA. 2,3) ha recalcado también ese deber nuestro de propagar el cristianismo, en extensión y en profundidad. Y S. Pablo, refiriéndose a esto, exclama: «¡Qué hermosos los pies de los que traen la buena nueva! » (Rom. 10,15).

No todos irán a misiones o serán sacerdotes, pero ¿quién no podrá hacer estas tres cosas: orar por el aumento y santidad de la Iglesia, dar testimonio de cristiano con su ejemplo, y hablar a su alrededor de la religión, con discreción, aprovechando las ocasiones, apoyando el Magisterio papal, animando a la virtud...?

Si la espiritualidad del S. Corazón dicen los Papas es la mejor, el darla a conocer será el más excelente apostolado. Por eso una de sus promesas es: Los que la propaguen tendrán su nombre escrito en mi Corazón.

(Lectura para la epístola: Rom. 10,9-15.)

Día 25. Llamamiento a la santidad.

Lectura evangélica: «Andando junto al lago de Galilea, vio a dos hermanos, Simón el llamado Pedro, y su hermano Andrés, que echaban una red al mar, porque eran pescadores. Y les dijo: Venid y seguidme, y os haré pescadores de hombres. Ellos, al momento, dejaron las redes y le siguieron. Y al ir más adelante, vio a otros dos hermanos: Santiago, hijo de Zebedeo, y su hermano Juan, en la barca, con su padre el Zebedeo, preparando las redes y les llamó. Ellos, en seguida, dejaron la barca y a su padre, y le siguieron» (Mt. 4,18-22).

Homilía: El Corazón de Jesús es grande para amar y querer el bien a todos los hombres. A todos redime, a todos quiere llevar consigo a la felicidad de Dios. Por eso todos estamos llamados a la santidad, y se nos ofrecen abundantes medios para ella, desde la oración hasta los sacramentos, desde la palabra de Dios hasta el sufrimiento. Todos debemos esforzarnos —la

vida cristiana es un esfuerzo— por aprovecharlos, por responder al amor de Cristo siguiéndole. ¡Qué lástima la despreocupación religiosa de tantos, que reducen su catolicismo a cuatro prácticas y una débil fe enterrada!

Caben diversos grados de santidad. Es heroico, pero es libre para quien tenga posibilidades, irse a misiones o entrar en un convento de clausura. Es voluntario el sacrificarse más, el dar más limosna, hacer más oración... Todos, sin embargo, tenemos obligación de sacrificarnos, dar de lo nuestro, orar y frecuentar los sacramentos...

¿Cuál será tu entrega y tu sacrificio? ¿Hasta dónde llegará tu grado de consagración al Corazón de Cristo? ¿Tienes ánimos a lo menos para pedirle que El te santifique? Esto es muy serio, tanto que si se lo pides lo hará... aunque ciertamente no sin que te cueste. Pero bien merece la pena. Piénsalo.

(Lectura para la epístola: 1 Tes. 4,1-7.)

Día 26. **La humildad.**

Lectura evangélica: «Y, por algunos que se persuadían de que eran justos, y despreciaban a los demás, dijo esta comparación: Dos hombres subieron a rezar al templo, uno fariseo, y

el otro publicano. El fariseo, erguido, rezaba así en su interior: 'Dios mío, te doy gracias de que no soy como los demás hombres, avaros, injustos, adúlteros, ni tampoco como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo'. En cambio, el publicano se quedó lejos, y no quería ni levantar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: 'Dios mío, ten compasión de mí, pecador'. Os digo que éste bajó a su casa justificado, al contrario que aquél: porque todo el que se ensalce será humillado, y el que se humille, será ensalzado» (Le. 18,9-14).

Homilía: La humildad es reconocer lo que somos, y no atribuirnos lo que no es nuestro. Por eso Sta. Teresa decía que la humildad es la verdad. Somos creados por Dios, es decir, por nosotros mismos no somos nada ni tenemos nada. Todo, absolutamente todo, nos lo ha dado Dios: la existencia, el entendimiento, el cuerpo, todas nuestras buenas cualidades, nuestros padres, todo lo que poseemos... todo lo ha creado y lo conserva Dios.

El primer efecto de la humildad debe ser reconocer a Dios, y estar dispuestos a cumplir en todo la voluntad de nuestro Señor. Pero no lo hemos hecho siempre así: somos pecadores. ¿Cuál ha de ser nuestra actitud de sumisión ante Dios? ¿Con qué derecho podremos creernos superiores a los demás y menospreciarlos?

Si lo hacemos, Dios mismo nos humillará.

El Corazón de Jesús nos da ejemplo de obediencia a la voluntad costosa del Padre y de servicio humilde a los hombres. Con razón dijo que aprendiéramos de El, que es de Corazón humilde.

(Lectura para la epístola: 1 Ped. 5,1-6.)

Día 27. **La obediencia.**

Lectura evangélica: «El que os escucha, a mí me escucha, el que no os haga caso, no me hace caso a mí; y el que me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado. Pues os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís, y no lo oyeron» (Le. 10,16 y 24).

Homilía: Lo primordial en la vida es cumplir la voluntad de Dios. Cristo mismo dice que no es otra su misión: «He bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn. 6,38). Y se hizo obediente hasta morir en cruz. El problema es cómo conocer la voluntad de Dios.

Para ello tenemos: 1.º) nuestra conciencia, que nos dice algo, pero insuficiente; 2.º) la revelación de Dios, que nos dice mucho, pero necesita detallarse; 3.º) la autoridad instituida

por Dios, en la Iglesia, en la familia, en la sociedad política y en la sociedad laboral.

Obediencia exigida a todo cristiano es cumplir la voluntad de Dios haciendo lo que mandan las diversas autoridades legítimas. Especial acatamiento se debe a la autoridad del Vicario de Cristo, participada por toda la jerarquía y superiores religiosos en la Iglesia.

Dar un paso más, y poner enteramente la propia personalidad y vida a disposición de la Iglesia en uno u otro sector, es lo que constituye el voto de obediencia religiosa. Voto de incalculable valor, pues por él el religioso se entrega obligatoriamente a Dios hasta la muerte, obedeciendo a quienes tienen autoridad recibida de El. Es la consagración más perfecta al Corazón de Cristo.

(Lectura para la epístola: 1 Ped. 2,13-19.)

Día 28. La pobreza.

Lectura evangélica: «Luego se acercó uno y le dijo: Maestro, ¿qué haré de bueno para alcanzar la vida eterna? Y El le dijo: ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Uno sólo es el Bueno. Pero si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. El `dijo: ¿Cuáles? Jesús contestó: No matarás, no fornicarás, no robarás, no

calumniarás; honra a tu padre y a tu madre, y ama a tu prójimo como a ti mismo. El muchacho le dijo: Todo eso lo he cumpudo. ¿Qué haré además? Jesús le dijo: Si quieres ser perfecto, ve a vender lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y luego ven a seguirme. Al oír el muchacho estas palabras, se fue entristecido, porque tenía muchos bienes. Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Os doy mi palabra que difícilmente entra un rico en el Reino de los Cielos» (Mt. 19,16-23).

Homilía: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos» (Mt. 5,3). Es decir: todo cristiano ha de estar despegado de las cosas, pues debe estar dispuesto a perderlas todas antes de ofender a Dios. Y por la fe hemos de estimar más merecer los bienes del cielo que poseer los de la tierra. Además, la caridad cristiana nos fuerza a desprendernos de lo nuestro para compartirlo con nuestros hermanos necesitados. Esta es la última y poderosa razón, y la más meritoria, de vivir en pobreza voluntaria: no por una repulsa «hippy» a la sociedad de consumo, sino por dar lo nuestro a los pobres.

Esta opción de pobreza libre, es el gran testimonio de caridad, y ancho camino para emprender la vida de perfección, imitando la pobreza de Jesús, que «no tenía donde reclinar su cabeza», sólo un pesebre en su -nacimiento, y una

cruz a su muerte.

Respuesta debida por amor al Corazón de Cristo: deseo y preocupación cristiana de pobreza, que puede llegar al grado sumo del voto religioso. Y que siempre, en cualquier caso, hemos de actuarla, viviendo con austeridad religiosa o al menos cristiana.

(Lectura para la epístola: I Jn. 2,14-17.)

Día 29. La castidad.

Lectura evangélica: «Pues os digo que el que repudia a su mujer, si no es en caso de fornicación *, y se casa con otra, adultera. Los discípulos dijeron: Si ésta es la situación del hombre con la mujer, no conviene casarse. Pero él les dijo: No todos entienden esto, sino aquellos a quienes les es concedido. Pues hay algunos eunucos que nacieron así desde el vientre de su madre, y hay eunucos que lo son porque los hombres les hicieron serlo, y hay algunos eunucos que se castraron a sí mismos por el Reino de los Cielos. Que entienda el que pueda entender» (Mt. 19,9-12).

Homilía: Dos mandamientos de la Ley de Dios: el sexto y el nono, imponen la castidad cristiana obligatoria. S. Pablo repite: «No os engaños, ni los fornicadores, ni los adúlteros, ni

los masturbadores, ni los invertidos... heredan el reino de Dios» (1 Cor. 6,9 s.). Las obligaciones de la castidad son duras, incluso para los casados, como decían los discípulos, y S. Pablo añade que les resultará costoso el matrimonio (1 Cor. 7,28).

La Iglesia bendice el matrimonio, que es un sacramento —es decir, confiere gracia—; y agradece a Dios el divino don hecho al hombre, de la fecundidad, mediante la cual se constituye la familia, escuela y vínculo de amores indisolubles entre todos sus miembros.

Pero la esperanza escatológica del cielo y la entrega a la caridad de Dios y del prójimo, exigen también austeridad en el uso de la sexualidad, según el Magisterio de la Iglesia. Y para lograr una mayor entrega y disponibilidad al servicio de Dios y del prójimo (cfr. 1 Cor. 7,32-34), es el voto religioso de la castidad, junto con los de pobreza y obediencia, lo que constituye un estado o nivel superior de perfección.

Bienaventurados los limpios de corazón. El Corazón de Cristo es el gran modelo de pureza y virginidad, que hemos de imitar e invocar por medio de la Virgen Inmaculada, como apoyo eficaz para guardar la castidad propia de cada cual.

(Lectura para la epístola: 1 Cor. 7,29-35.)

Día 30. **La esperanza cristiana.**

Lectura evangélica: «Os doy mi palabra: lloraréis y os lamentaréis. Mientras el mundo se alegrará, vosotros os afligiréis. Pero vuestra aflicción se convertirá en alegría. La mujer, cuando da a luz, se aflige, porque llegó su hora; pero cuando ha nacido el niño, ya no se acuerda del dolor, por la alegría de que ha venido un hombre al mundo. También vosotros ahora tenéis aflicción; pero volveré a veros, y se alegrarán vuestros corazones, y vuestra alegría nadie os la quitará» (Jn. 16,20-22).

Homilía: El Corazón de Jesús promete a sus seguidores la paz y la esperanza en este mundo, pero con cruz, como El. Después vendrá el gozo perfecto. Después se nos dirá: «Venid benditos de mi Padre, a recibir el reino que os está preparado desde el principio del mundo» (Mt. 25,34). Reino de Cristo, «la Jerusalén celestial que bajará del cielo engalanada como una novia, donde no habrá ni muerte, ni llanto, ni pena. Su resplandor semejante a las piedras preciosas. No necesitará sol ni luna, pues el Cordero será su luz, y no habrá más noche» (Apoc. 21).

Allí seremos felices con la misma felicidad de Dios. Cuando Cristo Jesús ponga toda su omnipotencia divina al servicio de su Corazón para premiar a sus leales, y premiarlos a lo Dios.

Pues «el hombre no puede ni imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (1 Cor. 2,9). Por eso, «todos los padecimientos de esta vida no se pueden ni comparar con la gloria que nos espera» (Rom. 8,18), ya que «un momento de tribulación nos reporta una cantidad de gloria eterna, mayor de cuanto podamos calcular» (2 Cor. 4,17).

Fabulosa esperanza cristiana que ha de iluminar todas nuestras horas; las horas difíciles y grises, y la hora trágica de la muerte, que ha de ser esperada más que con temor con ilusión, como el comienzo, al fin, de las vacaciones plenas, sin fin.

(Lectura para la epístola: FU. 3,17-21; y 4,4-5.)

APOSTOLADO DE LA ORACIÓN